

partido real: en seguida las derrotó en el Rosillo á dos leguas de Béjar, capital de la provincia, y luego tomó esa ciudad: rindióse por capitulación toda la guarnición que pasaba de mil hombres de muy buena tropa de Provincias Internas.

Parece que el objeto de la expedición del general Arredondo estaba concluido. Los principales caudillos habían sido presos en Baján, y la insurrección que en las Provincias Internas había sido tan momentánea como la estada de aquellos, y la de una que otra partida que por entonces penetró de la parte de S. Luis y por el Saltillo, había concluido totalmente. Sin embargo, el gobierno vireinal debió desde luego hallar por conveniente permaneciese por allí Arredondo, pues lejos de ordenarle por entonces que se retirase, le envió alguna tropa mas de infantería del Fijo de Veracruz por Tampico, y un gran tren de artillería y parque, y lo nombró gobernador político y militar de la provincia del Nuevo-Santander, en lugar del que lo había sido, es decir, Iturbe é Iraeta, que fué destinado al gobierno de Colotlán.

Libre Arredondo en su capital de Aguayo de tener que guerrear con insurgentes beligerantes, que ya por allí no había, ¿en qué había de ocupar su tiempo? Es menester decirlo: en bailes, en oír y fomentar los chismes aun los mas groseros, de todas las personas sin distinción; tanto contra los pacíficos de aquellos pueblos, como hasta de los oficiales de su división siempre que no le adulasen, y conociese él, que no podían llevar á bien los desórdenes, abusos de autoridad, y desaciertos de toda clase que cometía á cada paso: en mandar encerrar en prisiones, y en poner grillos, y sumariar á los acusados por el menor chisme de cualquiera de sus allegados, que no le faltaron de los oficiales mas bajos de su tropa. Testigos son de estos excesos, el capitán veterano de la segunda compañía del Nuevo-Santander D. Joaquin Vidal de Lorea, á quien tuvo encerrado en un calabozo y lo persiguió cruelmente hasta que lo hizo salir de aquella provincia el capitán de milicias D. Hilarion Gutierrez, encerrado en el mismo calabozo, y el padre capellán del batallón de Veracruz D. Miguel del Campo, siendo los tres compañeros de prisión en un cuarto bajo de la casa de Arredondo con aparatos de guardia, centinela

de vista, y puerta cerrada con la llave el oficial. El cura de Aguayo, de apellido Garza, á pesar de que se jactaba de realista, también fué sumariado, y perseguido por Arredondo. El capitán del Fijo de Veracruz D. Francisco Troncoso fué igualmente encerrado en el mismo cuarto bajo, con centinela y sumariado, porque el caso era perder al capitán Vidal, y siendo su fiscal, fué acusado de confabulación con él. Todo fué por chismes; pero Troncoso fué preso, sumariado, y mandado á Veracruz. Si sumariada una persona no salía reo, no quedaba contento Arredondo: aconsejaba al oficial tomase ciertas declaraciones mas que él decía, á sujetos que podían saberlo y señalaba, y si á pesar de estas nuevas diligencias no salía claro el delito que quería, el pobre oficial encargado de la sumaria tenia sus trabajos, porque cuando menos se esponía á caer en su desgracia. Si por último alguna vez resultaba clarísima la inocencia del acusado, lo mandaba poner en libertad, diciéndole que estaba ya satisfecho, como le sucedió al padre capellán Campos, despues de haberlo tenido encerrado en una prisión muchos dias, sin que á los delatores les reconviniese en lo mas mínimo. Repetíanse las sumarias, y las delaciones eran continuas lo mismo que las vejaciones de toda clase, de modo que llegó á infundir en propios y estraños el terror y miedo mas invencibles.

Divertíase tambien S. S. por las noches con tocar generala á la hora mas intempestiva, algunas veces por dar gusto á su amiga para que gozase del espectáculo que presantaban los oficiales, saliendo apresurados en varias direcciones de sus casas á medio vestir para el cuartel, en cuya plaza formaba la tropa, y presenciar tambien los regaños y órden de arresto que sufría el que venia siquiera cinco minutos despues del toque, de que tampoco se escapaba el padre capellán. Formada la tropa se le ponía á S. S. hacer el ejercicio y evoluciones militares, y entonces se ponía á la cabeza y empezaba á hacer todas las formaciones que le venían á las mientes, marchando por aquellas calles con música, tambor batiente, y las piezas de artillería; y despues de corretear con la tropa en formación por todo el pueblo, y de haber formado muchas veces en columna, y desplegado otras tantas en batalla hasta contra una tápia, como sucedía muchas veces por-

que sobre la oscuridad de la noche no sabia ni calcular el terreno, mandaba tocar fagina, y que la tropa se retirase á sus cuarteles, dándole las gracias por su puntualidad y destreza, si estaba de buen humor, ó le parecia que lo habian hecho bien, aunque no hubiesen hecho sino disparates. Lo cierto es, que con la frecuencia de estas mogigangas militares á media noche, y con otros despilfarros por este estilo, se solia decir por aquellos pueblos lejanos que era un gran militar, y esta fama, así como el terror de su nombre no dejó de ser de alguna trascendencia.

Por febrero del siguiente año (1812) le vino un espreso, avisándole que los insurgentes, bajando de la sierra gorda, (territorio así llamado por su aspereza, que se estiende desde cerca del pueblo de Rio Verde en la provincia de S. Luis Potosí hasta las inmediaciones de Querétaro, y que forma el partido de Cadereita, hoy correspondiente á la provincia de dicho Querétaro) habian derrotado en el rancho de la Plazuela en las orillas de Rio Verde, una partida considerable de realistas de este pueblo, que salieron á oponérseles con dos cañones de á cuatro, los que perdieron en la accion, quedando dicho pueblo sin guarnicion, y espuesto por lo mismo á ser invadido, mayormente cuando dicha sierra estaba plagada de reuniones que amenazaban á la comarca.

Arredondo, con esto, determinó marchar con su division hacia aquellos puntos. Dejó encargado el gobierno de la colonia del Nuevo-Santander al capitan de milicias D. Juan Fermin de Juanicoterá, y salió de Aguayo para el valle del Maiz el 20 de febrero por el camino de Jamabe, Palmillas y Tula, y despues de una marcha muy pausada por la fragosidad del camino (particularmente atravesando la Sierra-madre, que pasa cerca de Aguayo hasta haber salido de Palmillas) con toda su artillería y un muy abundante parque, llegó al valle del Maiz el 7 de marzo. Aquí le pareció establecer, como lo hizo, su cuartel general, y desde luego empezó á despachar partidas de infantería y caballería en todas direcciones á la Sierra gorda en presencia de los insurgentes. En el pueblo de Rio verde estableció otro cuartel que llamaba subalterno, mandado por un capitan compadre su-

yo, cuyo nombre es allí, como en Aguayo y otros pueblos de la colonia, bien conocido, y no podrá fácilmente ser olvidado. El general en gefe y el comandante subalterno, cada uno desde los citados puntos en que fijaron sus residencias, no dejaban parar á la tropa, mientras los dos, muy parecidos en carácter y modos, se divertian de la manera que queda dicho en Aguayo. Partidas iban y venian á la sierra, y los insurgentes eran perseguidos hasta en lo mas alto y recóndito de ellas. Todos los pueblos y posiciones que ocupaban, fueron visitadas por las infatigables tropas de Arredondo. Su persecucion constante comenzó desde fin de marzo, y duró hasta febrero del año de 1813. En Concá, Escanclilla, Reales del Pinal, Xichú y Targéa, fueron batidos los insurgentes, cuyos puntos quedaron desiertos. Sin táctica, mal armados y atenedos á la mala artillería que fabricaban, la perdian en todos los encuentros, siendo ellos víctimas de su impericia. En Santa María Peñamiller, en cuyo cerro inmediato aguardaron por fin de agosto de 812, con diez y ocho piezas de artillería, fueron tambien batidos con pérdida de toda su artillería: El caudillo principal de la Sierra gorda, D. Felipe Landaverde, que se titulaba gobernador de ella, hombre de costumbres honradas, fué preso á poco despues en el rancho de Ocotitlan, cuando casi sin gente y sin recursos ya en la Sierra, despues de sufrir su gente descabros por todas partes, se iba para el Real de Zimapán á reunir, segun se dijo, con Villagran. Fueron presos tambien en las diferentes correrías otros caudillos de menos nombre, é innumerables de los que decian insurgentes, muchísimos inocentes, que conducidos en cuerda á los cuarteles subalternos de Rio verde y general del valle del Maiz, despues de entresacar y fusilar á los que llamaban cabecillas, ó se les imputaba algun delito particular sin maduro exámen, continuaban para la villa de Altamira en calidad de presidarios, á donde murieron varios, y otros seguian hasta Veracruz.

Poco les importaba á Arredondo y su compadre que los soldados y caballos se desbarrancasen por aquellas sierras, como sucedia frecuentemente, volviendo en las mas de las expediciones los soldados de caballería á pie, como es regular en aquellos

fragosos terrenos. Soldados (aunque perdiesen algunos) siempre les quedaba el número suficiente, por poco que fuese, de veteranos aguerridos contra aquella clase de enemigos inesperados y peor armados; y caballos nada costaban, porque eran dueños de todos los de aquellos terrenos, que tomaban á título de pertenecer á insurgentes, lo mismo que toda clase de efectos que encontraban por aquellos pueblos abandonados.

El virey Venegas llegó á entender la conducta irregular de Arredondo, y de que no podia esperarse desistiera mientras mas lejos permaneciese de su alcance. Ya sea por esto, ó porque efectivamente en la sierra de Guauchinango habia insurgentes que combatir, le mandó terminantemente que se trasladara con toda su division á ese punto; pero Arredondo no obedeció esta orden, como ni tampoco las otras muchas cada vez mas fuertes, que al mismo intento le estuvo repitiendo hasta el fin de su vireinato. Ciertamente que no le acomodaba estar cerca de cualquiera autoridad superior que pudiese por lo mismo contenerlo; y aquellas provincias por su distancia y por el carácter sufrido de sus habitantes, no podian haberle sido mas propias para ejercer en ellas, en toda su estension, su voluntad sin embarazo alguno. Cuando solia hablar de esas órdenes con que se hallaba, entre otros frívolos pretextos para eludirlos, decia que estaba haciendo preparativos para poner al paso, sitio al real de Zimapán, ocupado entonces por Villagran, porque no queria dejar enemigos á la espalda.

Pero estos preparativos y estas intenciones fueron olvidadas desde fin de enero del año de 1813, que comenzaron á llegar las noticias al valle del Maiz de que los insurgentes que de lo interior habian entrado en la provincia de Tejas y ocupado el presidio de la bahía del Espíritu Santo, aunque en número poco considerable, todavía sostenian con tanta firmeza el sitio que sufrían de las tropas de Provincias Internas, que ya estas comenzaban á desmayar.

Tejas no pertenecia entonces al vireinato, sino á la comandancia general de Provincias Internas que servia D. Nemesio Salcedo: la distancia á ella desde el valle del Maiz era inmensa: ese

comandante general no pedia ni pensaba necesitar aun del auxilio de Arredondo, y este puntualmente se hallaba estrechado por las órdenes del virey á venir á Guauchinango; pero como lo que siempre habia deseado desde que comenzó á obrar contra la insurrección, era estar lo mas lejos de México, no podia presentarse mejor ocasión, ni pretesto para escaparse de acercarse al virey y eludir con mejor maña sus órdenes y ponerse fuera de su alcance. Así es que solo con aquellas noticias, sin que todavía pudiese ni preveer los ulteriores acontecimientos desgraciados que ocurrieron despues en aquella provincia, (que vinieron tan bien á sus miras, y puede decirse que en socorro de sus desaciertos) determinó ponerse en marcha para socorrer á la provincia de Tejas. Es de advertir que en esta espedición no lo acompañó ya el capitán comandante del cuartel subalterno de Rio Verde, porque en la misma division no faltó quien envidioso de su privanza, aprovechándose de su ausencia de Rio Verde, supo con arte hacerlo caer poco á poco de la gracia de su compadre, acusarlo al fin, hacerle causa, y mandarlo á Veracruz. Pero este comandante subalterno no se durmió, pues supo presentar descargos, á pesar de lo cierto de sus acusaciones, y logró que el consejo de guerra extraordinario de México en que fué juzgado, le diese una sentencia favorable.

Púsose Arredondo en marcha desde el valle del Maiz con toda su division por el 20 de marzo. En la villa de Aguayo, donde permaneció por algunos dias, remontando la caballería y completando los demás preparativos de tan largo viage, se supo que las tropas reales habian por fin levantado el sitio de la bahía el 1.º de febrero, y replegádose á Béjar: que en estas inmediaciones habian, á fines de dicho mes los insurgentes salidos de la bahía derrotádolos en accion de guerra mandada por el coronel D. Simon de Herrera, que para oponérseles salió de Béjar, y que en seguida el 1.º de abril habian tomado la capital por capitulacion, quedando prisioneros el espresado Herrera, D. Manuel Salcedo, gobernador de Tejas, y demás gefes, oficiales y tropas auxiliares de aquella provincia que se hallaban allí. Súpose tambien luego, que los insurgentes contra lo capitulado tuvieron la crueldad

de sacar de Béjar á dichos gefes, y otros muchos oficiales de graduacion y concepto de las tropas reales, y degollarlos el dia 5 de abril hasta sin auxilios de cristianos en un parage de aquellas inmediaciones, camino de la bahía, dejando allí sus cuerpos insepultos. Las ocurrencias de Tejas no podian ser mas desagradables, y pusieron en consternacion á todos los gefes de aquellas provincias. El gobernador teniente coronel D. Ramon Bustamante de la del Nuevo Reino de Leon que antes habia escrito á Arredondo de resultas de su movimiento, que no necesitaba aun de su auxilio, á lo menos de su infantería, pues que ademas la marcha era larguísima para ella, y solo de su caballería que debia franquearle toda, porque pertenecia á aquellas provincias, varió de tono, y comenzó á halagarlo, agradeciéndole su auxilio. El comandante general Salcedo, que cuidadoso con tales ocurrencias se encontró con el auxilio inesperado que ofrecia Arredondo, le contestó grato invitándole á que continuase en su propósito, y por lo mismo transmitiéndole todas sus facultades como comandante general de aquellas provincias independientes del vireinato, para que conforme á ellas operase libremente y del modo que creyese convenia al mejor servicio.

Continuaba Arredondo con Aguayo, toda su tropa y un muy grueso tren de artillería, hácia la villa de Laredo, último pueblo del Nuevo-Santander, límite con la provincia de Tejas, ya mas tranquilo con las últimas contestaciones de los gefes de tierradentro acerca de su marcha; mas todavía le faltaba saber como pensaria el virey. En el pueblo de *Gualeguas* recibió pliegos de este (que ya lo era D. Félix Calleja) quien disimulando, quizá por las circunstancias, la inobediencia á su antecesor, no solamente le aprobaba su marcha á Tejas, sino que habiéndole llegado en aquellos mismos dias orden de la corte para la division de las comandancias generales de Provincias Internas en orientales y occidentales, y sabido á poco la muerte desgraciada de su antiguo amigo y compañero D. Simon Herrera, á quien desde luego habia nombrado comandante general de las de Oriente, lo nombraba interinamente á él en su lugar, con cuyo carácter todas sus operaciones y disposiciones tendrian vigor y producirian el

efecto que era de desearse para concluir lo mas pronto con los insurgentes que habian ocupado á Tejas. Le decia al mismo tiempo, que para el mas seguro logro de su empresa le remitia por Veracruz de auxilio los regimientos espedicionarios de Extremadura y Saboya, que debian desembarcar por el Pueblo Viejo de Tampico y entrar por Altamira.

Todo le salió bien á Arredondo, y en fin de mayo llegó á Laredo. Hecho comandante general de las cuatro provincias, contaba con todas sus tropas, presidiales, volantes y de milicias. Reunió aquí cuantas pudo: entró en contestaciones mas frecuentes con el teniente coronel D. Ignacio Elizondo, que por orden del gobernador de Coahuila D. Antonio Cordero estaba encargado de una considerable seccion de tropas de esa provincia y de las de Occidente, acampadas en el parage de *la Peña* en las inmediaciones de los términos de esa provincia con la de Tejas para operar contra los insurgentes. Recogia aquí además Elizondo las tropas capituladas que desertaban de Béjar, de las que algunas tambien se reunian á Arredondo en Laredo.

Por esos mismos dias se habian conmovido algo las villas del norte de la colonia del Nuevo-Santander con la comunicacion de los insurgentes de la bahía, de que resultaron algunas partidas que molestaban por esos puntos. Arredondo desde Laredo dió orden y mandó partidas en su persecucion. Al propio tiempo previno á Elizondo con las órdenes necesarias el que obrase por su parte en combinacion con sus movimientos que emprendia con el grueso de su division contra Béjar; pero Elizondo se confió, de modo que creyó que sola su tropa seria bastante sin la cooperacion de las de Arredondo, y se adelantó tanto, que con su seccion que constaria de mil hombres de caballería de aquella provincia bien armados y montados, se presentó en el parage del *Alazan* á la vista de Béjar, y se acampó sobre el 18 de junio. Los insurgentes orgullosos con sus anteriores victorias, salieron de Béjar el 20 mandados por su caudillo D. Bernardo Gutierrez, y lo derrotaron completamente haciéndolo huir en dispersion con el resto de su gente hasta el presidio de Rio Grande. Aquí procuró rehacerse. A pesar de esta desgracia y de los movimientos

que se notaban por las villas del norte que trascendieron hasta la ciudad de Monterey, donde una partida mandada por un tal Herrera llegó á entrar al anochecer en principios de julio, esta salió en la mañana siguiente sin haber ocasionado mas daños que uno que otro muerto ó herido en la plaza, dejando algunas partidas de caballería en su persecucion; determinó por fin el general Arredondo salir de Laredo contra Béjar, como punto á donde debia llevar con preferencia su atencion. El regimiento de Extremadura llegó en estos dias á Aguayo, y ya con este refuerzo debian concluir sus cuidados por retaguardia.

El 26 de julio emprendió Arredondo de Laredo su marcha con toda su division, con trescientos cincuenta infantes del batallon de Veracruz, sobre diez ó doce piezas de artillería de bronce, calibre de á cuatro y ocho, y como mil y trescientos hombres de caballería, poco mas ó menos, de aquellas provincias con mucho parque. A pocos dias se le reunió Elizondo en Cañada Verde con cosa de cuatrocientos hombres, la mitad desmontados desde la derrota del Alazan, que por tanto fueron agregados á la infantería.

Los insurgentes noticiosos de su aproximacion salieron de Béjar á encontrarlo. El 18 de agosto se le confió al teniente coronel Elizondo una descubierta de cuatrocientos hombres de caballería que los observase, y esta los encontró á la orilla del rio de Medina, distante de Béjar siete leguas, se comenzaron á tirotear de una y otra parte, resultando que rechazado Elizondo, vino á escape sobre el grueso de Arredondo que seguia atrás. Los insurgentes se empeñaron en seguir á Elizondo con toda su gente y casi en desórden se encontraron sobre el camino en el parage llamado el *Atuscoso* con la tropa de Arredondo, que apenas tuvo lugar de formar. Se trabó la accion que fué obstinada y sangrienta por una y otra parte, y despues de cuatro horas de vivo fuego, fueron los de Béjar derrotados completamente con pérdida de casi toda su infantería, que consistía por la mayor parte en estrangeiros, los mas anglo-americanos, su artillería, que eran tres ó cuatro cañones de campaña, y parque, y dispersa y muertos algunos de su caballería compuesta en mucha parte de las tropas

presidiales de Tejas, de las auxiliares de las otras provincias, y paisanos armados. D. José Alvarez de Toledo, que havia sucedido á Gutierrez en el mando, se retiró de los últimos de la accion, llegó á Béjar como á las cinco de esa misma tarde, acompañado solo de dos ó tres personas, y en seguida tomó el camino de Nacogdoches hácia lo interior. Algunos que quedaron en Béjar y otros vecinos, noticiosos de la victoria de Arredondo, hicieron en la misma tarde ó noche una especie de contrarevolucion, apresaron á varios del partido insurgente, y avisaron á Arredondo de quedar á sus órdenes.

Este gefe perdió en muertos y heridos mucha gente, y de sus contrarios los que fueron además presos en la ocasion, fueron los mas fusilados. El 21 de agosto entró en Béjar, y en seguida destacó á Elizondo con cosa de cuatrocientos caballos, camino de Nacogdoches en alcance de los fugitivos que eran muchos, tanto de la caballería que estuvo en la accion, como vecinos de Béjar.

D. Ignacio Elizondo siguió con tezon el alcance, y en la vasta estension que hay de Béjar hasta el rio de la Trinidad alcanzó á muchos, de los que fusiló á *setenta y cuatro*, emprendiendo su vuelta desde ese punto con muchos prisioneros. Pero este hombre célebre por haber sido el gefe en la prision de los primeros caudillos de la insurreccion, fué herido mortalmente por setiembre del año de 813, de regreso á Béjar de esa expedicion, en su campo del rio de los Brazos de Dios. Fué el caso, que iba en la tropa el teniente Serrano, europeo, de la tercera compañía volante de Laredo, quien comenzó á enloquecer y tomó la idea, segun se dijo, á vista de las ejecuciones ordenadas por Elizondo, que éste lo queria matar á él tambien, y en la madrugada del dia que llegó á los Brazos, tomó su sable, y dirigiéndose á la tienda en que dormia el capitan D. Isidro de la Garza, ayudante y primo de Elizondo, lo envasó, y en seguida, cuando apenas pudo oír Elizondo las voces de Garza, que le daba avisándole en sus últimas agonías, se dirigió á Elizondo, que apenas tuvo lugar de levantarse, lo envasó igualmente, repitiéndole otras heridas, una en una mano: Garza murió en aquellos momentos y Elizondo vino á morir en las orillas del rio de S. Marcos, donde fué